

JORGE DE LA LUZ

Mística y pasión en san Juan de la Cruz

A todos los amigos leales, y a los que no, que se los lleve la tristeza y el Águila Descalza.



ozo infinito es la lectura y relectura de san Juan de la Cruz (1542-1591), poeta interestelar, si los hay, por todos cuantos universos existen; en él, mística y pasión se conjugan indisolubles en su breve y magnífica obra —por cierto ya muchas veces visitada y celebrada notablemente—. Sus escritos fueron conocidos después de su muerte, como casi siempre sucede, y pasaron a ser de lo más representativo de los siglos de oro. Enmarcado en el Renacimiento más que en la clerecía y el medievalismo, Juan de la Cruz pergeñó memorables poemas, como el *Cántico espiritual*, del que más adelante tendré el júbilo de ocuparme. A propósito del universo y sus acaeceres, el mismo san Juan dijo en “Oración del alma enamorada”:

Míos son los cielos, mía la tierra; Mías son las gentes, los justos son míos y los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloríate en tu gloria, escóndete en ella y goza, y alcanzarás la peticiones de tu corazón (1971: 117).

Es necesario, de cuando en cuando, ocuparnos de los autores y artistas clásicos no sólo para el espíritu, la mente y el cuerpo de los universitarios, posgraduados,



El cuadro de Cristo que habló a san Juan de la Cruz. Pintura anónima del s. XV en cuero, conservada en el convento carmelita descalzo de Segovia, tomado de José C. Nieto, *Místico, poeta, rebelde, santo: en torno a San Juan de la Cruz*, México, FCE, 1982.

doctores, maestros, profesores y público lector en general, sino también porque los clásicos, por exacta determinación inamovible, corresponden a todos los espacios y tiempos. Permanentes en su amplia significación. Volver la mirada sobre ellos nunca es pérdida de nada y sí ganancia en todos los sentidos, más allá de la proxenia y lejanías. Leer y releer a los autores clásicos son auténticos viajes astrales y paroxismos. Éxtasis que la mística y la pasión nos entregan hasta el pasmo.

El santo de la Cruz nació un mero día de san Juan, el 24 de junio de 1542 en Fontiveros u Hontiveros, Ávila. Sus padres fueron Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez. En el año de su nacimiento apareció *De la revolución de los cuerpos celestes*, significativo libro de Copérnico.

Se sabe que a los cuatro años san Juan cayó en un pantano, mientras jugaba. Luis Jiménez

Martos consigna que “a los que acuden a salvarle les cuenta que, sintiéndose a punto de morir, una dama muy bella le dijo: *niño dame la mano y te sacaré*. Él no quería dársela por que se la iba a ensuciar, y estando en éstas llegó un labrador y con una ijada lo sacó fuera” (citado en Cruz, 1977: 10). Este recuerdo de ‘nimbo milagroso’ permaneció siempre en la memoria de su protagonista. A los seis años quedó huérfano de padre, cuyos familiares, tejedores como él, negaron todo apoyo a la viuda y a sus tres hijos. Por ello su familia nuclear inicia la primera peregrinación de Fontiveros a Arévalo y luego a Medina del Campo. Juan de Yepes trabaja como aprendiz de diversos oficios: carpintero, sastre, entallador, pintor. Al contrario de su hermano Francisco, no mostró afición por esos trabajos y a partir de 1551 la abnegada madre y sus hijos logran establecerse en Medina, en aquel entonces una de las ciudades más industriales de España, que celebraba una feria anual a donde llegaban mercaderes de los Países Bajos, Francia e Italia; ahí se habían impreso las poesías de Boscán y Garcilaso de la Vega. Todo ello deslumbró a Juan de Yepes y Álvarez, quien servía como diligente recadero y ayudante en el hospital de pobres y necesitados, además estudiaba en el Colegio de la Doctrina y ejercía, primero, como monaguillo en la iglesia de la Magdalena y, luego, como sacristán. Allí pasó una noche Carlos V cuando se dirigía a Yuste, donde se encerró en sí mismo hasta su muerte. Es probable que san Juan viera durante la misa al gran abdicado que fue propiamente dueño del mundo hasta entonces conocido, ya incluida gran parte de América, por supuesto. Esto sucedió en 1556, el mismo año en que murió san Ignacio de Loyola.

El mencionado Jiménez Martos lo retrata del siguiente modo:

Las contrariedades habían hecho en Juan una persona tempranamente reflexiva. Medía muy pocos palmos de estatura, y destacaban en su rostro carrirredondo unos grandes ojos negros. Pudo ser esta apariencia de adelantada madurez lo que movió a don Alonso Álvarez de Toledo, Caballero que había fundado un Hospital donde servir a los pobres, a proponer a Catalina Álvarez que Juan trabajase para los enfermos y pudiera alternar ese empleo con los

estudios en el Colegio de la Compañía de Jesús. Fue así como, entre 1559 y 1563, aquel hijo de un tejedor y de una sirvienta de las monjas hizo estudios de arte y filosofía. Ello es lo que hubo de salvarle de otra especie de ciénaga: la de vivir sin horizonte, aunque en la piedad de su madre y de su hermano mayor, he igualmente la que por sí mismo alentaba, le señalaran el camino de la vocación religiosa (citado en Cruz, 1977: 12).

El hijo de Catalina recibió una formación literaria y filosófica de jesuitas eminentes, pero no entró en la compañía por su propia decisión y, literalmente, por su humildad prefirió en 1563 la orden del Carmelo. El padre Alfonso Ruiz presidió en la iglesia de Santa Ana la ceremonia en la que Juan de Yepes se convirtió en fray Juan de Santo Matía, de 21 años, quien, a la pregunta ¿qué deseas?, respondió: “La misericordia de Dios, la pobreza de la orden y la compañía de los hermanos” (Cruz, 1977: 10). El trato con los pobres y su ambiente desde niño lo influyeron, al igual que su amor infinito por la Virgen, que fue determinante en él.

En 1564 aparece matriculado en la Universidad de Salamanca, donde estudia teología y filosofía; se ordena sacerdote en 1567 y al año siguiente conoce en Medina del Campo a santa Teresa de Jesús (1515-1582), doctora mística que llamaba a Juan: Medio Fraile, por su estatura. Juntos serían, a la postre, los máximos representantes de la trayectoria ascético-mística, que comienza por la vía purgativa, en la que el alma se despoja de todas las cosas que la atan y sigue por la vía iluminativa. Estas dos vías son propias del ascetismo. La mística, si en un primer momento va junto con la ascética, tiende luego a fines y métodos propios y llega a la vía unitiva, que es la propiamente mística, y que lleva a la unión del alma con Dios. Por todo lo cual ambos santos y autores alcanzan la más alta espiritualidad. Incluso, en su tiempo, se decía que levitaban. Santa Teresa disuade a san Juan de entrar a la orden Cartuja y lo invita a sus tareas reformadoras de la orden carmelitana.

Ángel Valbuena Prat precisa no pocas cosas del todo interesantes:

Aunque tarde, hizo hondos estudios en Humanidades, en Escrituras, en los Padres de la Iglesia y teorías Escolásticas. La reforma de hombres le llena de congojas y persecuciones. San Juan es encarcelado y llevado a la prisión de Toledo y sufre los peores tratamientos. Todo esto por envidia de sus compañeros —calzados— de orden, que lo hicieron todo secretamente. Tras ocho meses de sufrimientos logra escapar, y ayudado por Santa Teresa, ir a Almodóvar. En Andalucía se embebe de paisaje, y se enciende cada vez más de amor divino. “Razón es de consolarle —decía de él Teresa—, que está harto de padecer”. Fue prior del convento del Calvario en donde los ratos que tenía libres tallaba Cristos de madera. Funda el convento descalzo de Baeza, y va a Granada en 1582 de Prior. En la ciudad de la Alhambra y el Generalife, en el convento de la Vega del Genil y el Darro, escribe el Santo la *Noche oscura* y la *Llama de amor viva*, termina el *Cántico espiritual* y *Subida al monte Carmelo*. Se le nombró Vicario provincial de toda Andalucía muerta Santa Teresa, y por el mismo problema de calzados y descalzos, San Juan queda sin sus cargos y se le destierra suavemente a la soledad de la Peñuela, en Jaén. “De lo que a mí toca, hija —dice a una descalza—, no le dé pena, que a mí ninguna me da”; y ora ante un crucifijo: “¡Señor lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por vos!”. Sale del retiro de la peñuela para curarse en Úbeda “de las calenturillas” en donde su dolencia se agrava. La noche del 13 al 14 de diciembre de 1591 cuando las campanas de plata del convento comienzan a tocar a maitines, dice Fray Juan a los religiosos, que le miran llenos de lágrimas: “Me voy a cantarlos al cielo” y expira en las primeras luces del amanecer. Todavía ocurre un

misterioso episodio tras su muerte. Unos devotos de Madrid fundadores del convento de carmelitas de Segovia consiguen el traslado de los restos del Santo a esta ciudad. En Segovia descansan hoy sus restos, bajo un monumento sepulcral moderno de mucho brillo y poquísimos gustos que contrasta con el carácter y Espíritu del Santo (1974: 726- 728).

El talento causa envidias y la envidia, lo sabemos, es un modo enfermo de admiración, enemigos nunca le faltaron e incluso los calzados luego de encerrarlo quisieron desterrarlo a México. Entonces ¿qué hubiese sucedido?

La totalidad de la poesía de san Juan de la Cruz, por sus formas —extraordinarias liricas las suyas—, fondos y esencias, como el amor que para nuestro maestro Rubén Bonifaz Nuño, en el decir poético, siempre sucede y sucederá *De otro modo lo mismo* (1979). Ya el poeta Luis Cernuda había vislumbrado:

Lo maravilloso, pues, no es sólo la perfección de su obra sino que toda esa obra, verso, comentario, aforismo o carta, fue escrita por fuerza de amor, para enseñar a otros el camino del amor. Cuando sin propósito de gloria mundana, con una obra de reducido volumen, destinada a un grupo de fieles amigos y discípulos a quienes unía una fe y una espera común (1971: 33).

En el amor, san Juan es un gran continuador de Salomón y su *Cantar de los cantares*. Pasiones tormentosas y apacibles, lluvias y verdaderas granizadas de agua, hielo, nieve y fuego, hierven y queman por igual tanto al alma como al cuerpo. Ciertamente, en el autor de *Cántico espiritual* habla el espíritu que, por fortuna y gracia, prorrumpe, de aquí lo sublime. Dicen que el santo moribundo pidió que le leyesen el *Cantar de los cantares*. También hay semejanza en las

alturas: en 1674 fue beatificado. Leer a san Juan en voz alta es uno de los grandes placeres que se pueden tener en ésta y otras vidas.

Notables maestros como Marcelino Menéndez Pelayo, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Miguel Asín Palacios, Américo Castro, Ángel Balbuena Prat, José Manuel Blecuá, Jean Baruzi, Luis Jiménez Martos, Luce López-Baralt, María Teresa Narváez, María Josefa Canellada, José Constantino Nieto y Antonio Gala, entre otros, han insistido en el claro y misterioso paralelismo que hay entre Salomón y san Juan. Seguramente el entonces fray Juan de la Cruz fue alumno de fray Luis de León en Salamanca, quien ya había realizado la ilustre traducción comentada del *Cantar de los cantares*, para mí, flor prístina de tierra, metales y cristales de toda la poesía amorosa universal. Sin embargo, sus resonancias y recreos en el *Cántico espiritual* son admirables y misteriosos a la vez; por ello, Menéndez y Pelayo atisbó:

Pero aun hay una poesía mas angelical celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa como los más sabrosos frutos del Renacimiento. Son las canciones espirituales, la *Subida del Monte Carmelo*, la *Noche oscura del alma*. Confieso que me infunden religioso terror al tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermozeándolo y santificándolo todo [...]. Poesía espiritual, contemplativa e idealista, y que con todo eso nos comunica el sentido más cercano y la más penetrante impresión de la naturaleza, en el silencio y en los *miedos veladores* de aquella noche, *amables más que la alborada*, en el *ventalle de los cedros*, y el aire de la almena que orea los cabellos del Esposo (citado en Cruz, 1971: 124).

Imposible elucidar del todo a san Juan, Jorge Guillén llegó a decir que existe un “lenguaje insuficiente para tratarle”, y así anotó:

Ningún poeta español inspira hoy una adhesión más unánime que San Juan de la Cruz. Ciertamente que su obra en prosa, muy importante, ha contribuido mucho a la fama internacional, hasta su nombre se traduce:

Saint Jean de la Croix, San Giovanni della Croce, Saint John of the Cross... Santa Teresa y él con sus nombres traducidos son ante el mundo —nadie lo ignora— representantes máximos del gran misticismo español del siglo XVI (1972: 75).

Américo Castro, en su señero y magnífico estudio *La realidad histórica de España*, datado en 1954, no sólo dice que san Juan fue atrozmente molestado por los frailes carmelitas (calzados) sino que además cita y apunta con exactitud al propio santo:

En su comentario en prosa al *Cántico espiritual*, razona así Juan de la Cruz: “Porque todo de lo que Dios se puede en esta vida conocer, por mucho que sea, no es de vero, porque es conocimiento en parte y muy remoto”. Ángeles y hombres racionales, “dánme a entender admirables cosas de gracia y misericordia tuya en las obras de tu Encarnación y verdades de fe que de ti me declaran”.

Y todos más me llagan,
y déjame muriendo

un no sé qué que quedan balbuciendo.

Esos tres que traducen bien la angustia producida por el balbuceo de quienes pretendían decir lo indecible —lo divino por la vía de los medios humanos (1965: 183).

También cita a Asín Palacios y sus huellas del Islam:

Para lograr la unión con Dios, hay que renunciar a todo lo que no es Dios. De ahí el rechazo de todo lo sensible y la busca del “vacío”, de la “desnudez” y de toda apatencia sensual, en que coinciden San Juan de la Cruz y la escuela Sadili, de la que fue alto representante Ibn’Abbād de Ronda en el siglo XIV (Castro, 1965: 224).

Y hace un recuento ilustrativo:

Frailes, monjas o clérigos fueron muchas de las figuras universales de las letras españolas. Fernando de Herrera, Juan de Ávila (cuyas obras inspiraban en el siglo XVII al jansenista Antoine Arnauld), Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Luis de Granada, Luis de León,

Francisco de Vitoria, Francisco Suárez, Juan de Mariana, Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Gracián, Feijoo, Sor Juana Inés de la Cruz. La historia hispana es, en lo esencial, la historia de una creencia y de una sensibilidad religiosas y, a la vez, de la grandeza, de la miseria, y de la parálisis provocadas por ellas (Castro, 1965: 240).

También Denis de Rougemont, en su célebre obra *El amor y Occidente* (1945), alude repetidas veces a san Juan, precisamente en el capítulo “Liberación final de los místicos” concatena:

San Juan de la Cruz y el maestro Eckhart dicen, en términos distintos, la misma cosa: es necesario que la mística llegue a “pasarse de don”, a no desearlo ya por sí mismo. En el matrimonio espiritual, dice San Juan de la Cruz, el alma llega a amar a Dios sin sentir ya su amor. Es un estado de perfecta indiferencia, se dirá; es el punto de perfección de un equilibrio duramente conquistado, de un conocimiento inmediatamente activo (p. 154).

A su vez, José C. Nieto titula *Místico, poeta, rebelde, santo* a su gran estudio sobre san Juan de la Cruz. Allí establece correspondencias entre el *Cantar de los cantares* y el *Cántico espiritual*:

El cantar Salomónico es un misterio Literario-Religioso, aunque Juan no lo sabía, pues él simplemente aceptó la tradición alegórica judeo-cristiana que veía en él el amor de Yahvé hacia Israel; o el amor de Dios, o Cristo, hacia su Iglesia y por implicación el amor de Cristo hacia el alma individual o el amor místico entre el alma y Dios (1982: 103).

Mención especial merece *San Juan de la Cruz y el Islam* (1985), de Luce López-Baralt, notable investigación que la autora subtitula: *Estudio*

sobre las filiaciones semíticas de su literatura. Aquí se prosiguen las huellas del arabista Miguel Asín Palacios y López-Baralt lo reconoce ex profeso e indaga inteligentemente en una extensa bibliografía multilingüe, lo cual constituye una delicia. López-Baralt dice en el “Dilema último”:

Todo escritor es siempre un mosaico de las influencias más diversas y San Juan no constituye caso aparte en este sentido. Muchas de sus fuentes principales —la *Biblia*, la poesía cancioneril, la popular, la culta “a lo divino”, la clásica, etc.— ya han sido documentadas por la crítica y parece justo recordarlo aquí. Precisamente esa deuda simultánea con tradiciones tan distintas hace que los versos (incluso la prosa) del santo produzca[n] un efecto inusitado en el lector, que se ve obligado a ir ajustando su campo de referencia cultural a medida que avanza en la obra. Magnífica síntesis de este proceso son las imposibles “ninfas de Judea”, que trasladan al receptor de la obra de San Juan del mundo clásico al bíblico palestino en el límite de solo un verso (1985: 395-396).

iOh, ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea
Mora en los arrabales,
Y no querráis tocar nuestros umbrales!
(Cruz, 1977: 92).

Y la doctora López-Baralt concluye rotunda:

Proponemos un nuevo marco de referencia para la obra del santo, un marco que integre, junto a la filiación cristiana occidental (aceptada por todos), las filiaciones literarias hebrea y árabe. San Juan lleva a cabo una síntesis formidable de todas (1985: 400-401).

Vuelvo a mencionar al extraordinario poeta Luis Cernuda, ya que en su ensayo “Tres poetas clásicos” incluye a san Juan junto a Garcilaso de la Vega y fray Luis de León. Inexplicablemente, a Cernuda no se le menciona entre los estudiosos sanjuanistas, y digo que es inexplicable esta ausencia porque sus páginas son excelentes, como todo lo suyo, bien lo sabía Guillermo Fernández (1932-2012), quien editó una selección de poemas de san Juan para la colección *La canción de la Tierra*, del Instituto Mexiquense de Cultura. El citado Cernuda decía entonces:

Si la poesía actúa sobre la mente del lector sustituyendo o contagiando, en cierto modo, su pensamiento y percepción por aquellos del poeta, en poeta alguno hallará el lector dificultad tanta para que tal hecho se verifique como en San Juan de la Cruz. Porque es necesario que exista cierta afinidad entre ambas mentes, la del poeta y la del lector, aunque en este último el proceso espiritual sea únicamente pasivo, dejando obrar sobre ella la mente activa del primero. ¿Y quién es hoy capaz, aunque sólo sea pasivamente, de acompañar en sus deliquios a tan sobrehumano ser como San Juan de la Cruz? (1971: 40).

Y Pedro Salinas (1891-1951), un magnífico poeta, al igual que toda su generación, también supo ver y aquilatar a san Juan de la Cruz. Así dijo el autor de *Seguro azar*:

La trayectoria de la poesía de San Juan de la Cruz es semejante a la del rayo luminoso, que cruza tenebrosidades, las penetra y desaparece, dejando tras de sí redimidas a las tinieblas y a la oscuridad iluminada [...] El ímpetu amoroso de esa lírica se abre paso a través de sus temas, de sus metáforas y de las palabras consumiéndolas al usarlas; aunque cada una de ellas nos deja su sabor y olor propio, su respectiva sensualidad, la impresión final es pura llama en la que se logra la unidad poética absoluta (citado en Cruz, 1971: 124-125).

Palabras son en las que se destilan quintaesencias de luminosidad, oscuridad de lo inexplicable y no por

ello menos placentero; mística y pasión como se ha venido insistiendo desde un principio, que demuestra, por alusiones, azoro, sorpresa, tradición y novedad eternas. Ya Martin Heidegger estableció en *Arte y poesía* que:

El poeta nombra a los dioses y a todas las cosas en lo que son [...], el poeta, al decir la palabra esencial, nombra con esta denominación, por primera vez, al ente por lo que es y así es conocido como ente. La poesía es la instauración del ser con la palabra (1973: 137).

Y su traductor y prologuista, también notable filósofo, Samuel Ramos, significativamente aporta:

“Belleza y verdad son en sí o según la idea la misma cosa.” Pero este tema de la verdad resuena constantemente en la *Estética* de Hegel en donde se podrían encontrar muchas frases como éstas. “Arte, religión y filosofía tienen esto de común que el espíritu finito se ejercita en un objeto absoluto que es la verdad absoluta” (1973: 13).

George Santayana (1863-1952), de origen hispano y uno de los filósofos más destacados de los últimos tiempos —amigo del gran Ezra Pound, quien le menciona en sus *Cantos*—, es autor de *Los reinos del ser*, obra cumbre en la que expone un sistema de reflexión ordinaria bien encauzada: disciplina del corazón y verdadera religión laica. En estos reinos de ejemplaridad no se deja de mencionar a san Juan:

Los versos de San Juan de la Cruz poseen la brevedad, simplicidad y pasión líricas que los cantares populares anónimos de España han tomado, tal vez, del Oriente; hay algo tan entero, franco y último en tales efusiones, que no dejan de ser espirituales, ni siquiera cuando son meramente amorosas o ingeniosas. El hombre que las canta, y que tal vez las improvisa, se ve a sí mismo y a sus sentimientos desde arriba, como hizo Catulo, cuando escribió *Odi et amo*. He aquí un tormento que, al ver cuán animal es, se ha vuelto espiritual (Santayana, 1959: 622).

Antes, el mismo Santayana, en *La vida de la razón*, había señalado que el amor tiene una base animal y un objeto ideal: “Toda vida es animal en su origen y espiritual en sus frutos posibles [...] La pasión, cuando es vehemente, puede suscitar sentimientos atávicos” (1958: 104-105). Igualmente lo habían sentenciado Musset y Stendhal, y a su manera, Sinatra: “El que se enamora una vez, está condenado a enamorarse para siempre”. Algo así escuché en una antigua canción galaico-portuguesa: *O verdadeiro amor es feito é amor puro*. También pudiera considerarse que san Juan, como John Ruskin (1819-1900), el apasionado al buen, decir del disímbo-lo Ramón Gómez de la Serna:

No se atreve a juzgar su encanto, siente el temblor en su espíritu, pero sus ojos se le van. Vive en ese engaño místico con el que se encubre la sensualidad íntima, porque las mismas sensualidades se pueden disfrutar por motivos distintos y bajo rezos diferentes (1989: 345).

También algo totalmente aplicable a la vida y obra del santo de Hontiveros sería la descripción que hace Georges Bataille (1897-1962), en su ya clásico libro *El erotismo*, de la hermosa escultura de Bernini, *El éxtasis de santa Teresa*, visible actualmente en la iglesia de Santa María de la Victoria, en Roma. Dice Bataille:

Hay flagrantes similitudes, hasta equivalencias e intercambios entre los sistemas de efusión erótica y mística. Pero esas relaciones no pueden aparecer lo suficientemente claras más que a partir del conocimiento experimental de las dos clases de emociones [...] Si queremos determinar el punto en el que se esclarece la relación del erotismo y de la espiritualidad mística, debemos volver a la visión interior, de la que únicamente, o poco le falta, parten los religiosos (1979: 372).

Respetables conceptos y claridad de pensamiento. Estoy seguro de que san Juan estaría de acuerdo. También con la hiperlúcida María Zambrano, que en *El hombre y lo divino* expresa:

El amor aparecerá ante la mirada del mundo en la época moderna como amor-pasión. Pero esa pasión, esas pasiones, cuando se dan realmente, serán, han sido siempre, los episodios de su gran historia semiescondida [...] Lo que no conocemos y nos llama a conocer. Ese fuego sin fin que alienta en el secreto de toda vida. Lo que unifica con el vuelo de su trascender vida y muerte, como simples momentos de un amor que renace siempre de sí mismo. Lo más escondido del abismo de la divinidad; lo inaccesible que desciende a toda hora (1986: 275-276).

Amor-pasión, desconcertantes y armoniosos, conocimientos y sentires inexpresables, que cuentan y cantan cada vez cómo nos fue en la feria de la vida. Por ello se escuchaba decir al Dr. Atl: “Sólo hay algo superior a estar enamorado, no estar enamorado”. Y la misma filósofa María Zambrano, ilustre discípula de Ortega y Gasset —comparada en su deceso por Luis Cardoza y Aragón con la mismísima Teresa de Jesús—, escribió en *Pensamiento y poesía en la vida española*:

El pensamiento necesita razones más positivas, es decir, más hechas para acoger a algo dentro de sí, mientras que la poesía tiene por vocación acudir a cantar lo que nace y lo que nace sobre todo, en contradicción y a despecho de lo que le rodea. La poesía exige menos y ofrece más que el pensamiento; su esencia es su propia generosidad (1991: 119).

A respecto, el maestro Ramón Xirau —hijo del traductor de Bergson, Joaquín Xirau— ha

contribuido con *Poesía y conocimiento*, donde elabora un recuento veraz en su nota final, “Concepto e imagen en y más allá del lenguaje”:

Los ejemplos de Platón, San Agustín, el mismo Hegel, Bergson, Heidegger son reveladores de que el pensamiento filosófico es frecuentemente, y fundamentalmente a veces, imaginativo; el conocimiento de los poetas puede ser conceptual: bastaría aquí recordar a Quevedo (“Morirás; has muerto y mueres...”), a San Juan de la Cruz (el “morir por no morir”, el “entréme donde no supe / quedéme no sabiendo / toda ciencia trascendiendo”) (Xirau, 1978: 137).

No hay duda de que entre mística, filosofía y pasión, en todas sus vertientes, hay indisociables correspondencias, de tal suerte que se puede entretejer una urdimbre extraordinaria. Pero regresando a la historia de la literatura española, destaco el comentario de Julio Torri al respecto:

La Llama de amor viva es una declaración de las cuatro *Canciones que hace el alma en la íntima unión con Dios*. Principalmente estas tres composiciones han ganado para el santo carmelitano uno de los más altos sitios de la lírica. Versos como “Y el ventalle de cedros aire daba”, “El aire de la almena”, “El silbo de los aires amorosos”, “¡Oh cautiverio suave!” y otros muchos son grandes aciertos y de suma eficacia poética (1974: 217).

Dámaso Alonso ya había dicho: “La lírica de San Juan revela un intento ponderado, una lucha, que tenemos que suponer consciente, para aproximarse a la expresión de lo inefable, por una serie de vías perfectamente contrastadas: con una languidez y morosidad de la pastoral renacentista” (1942: 240). Asimismo, Alonso señala la importancia de Sebastián de Córdoba, autor de *Las obras de Boscán y Garcilaso trasladadas a materias cristianas y religiosas* (1575). San Juan leyó a Boscán y a Garcilaso durante su adolescencia, en Medina del Campo; por lo que Dámaso Alonso, al tropezar años después con el texto de Córdoba, dice de san Juan: “es un Boscán a lo divino. Es un descubrimiento: toda aquella ternura de Garcilaso,

todos aquellos deliquios y encarecimientos de amor, todo el suave paisaje pastoral del fondo, todo puede verterse al amor divino” (1942: 98-99).

Antonio Gala incluye a san Juan en su *Paisaje con figuras*, en una pieza de teatro imaginaria donde aserta:

Por eso se convirtió, como dijo Eugenio D’Ors, en el sereno de esa noche oscura. Fue un pájaro solitario, que cantó con una voz inconfundible por inimitable. Escribió quizá la más hermosa estrofa de amor de nuestra lengua:

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo (2000: 220).

Y, trascendente, concluye Gala:

A San Juan lo encontramos en Úbeda en su última fusión en sus postreros esponsales, en la noche de bodas con la muerte, de la que él había escrito:

¡Oh noche que guíaste!;
¡oh noche amable más que la alborada!;
¡oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada! (2000: 220).

José María Díez Borque, de la Universidad Antonio de Nebrija de Madrid, escribió el ensayo “Experiencia sicodélica y mística en torno a San Juan de la Cruz”, el cual está bastante documentado y es novedoso, del que destaco:

Los iniciados en experiencias sicodélicas emplean la palabra “trip” que añade una serie de connotaciones al significado-base de “viaje”: sentido de ascensión, viaje silencioso y deslizante, próximo al significado segundo sugerido en los versos de San Juan de la Cruz:

Salí sin ser notada
Estando ya mi casa sosegada.
Y el sentido de movimiento interior, de vivencia íntima, de transformación individual y no compartida

que supone el “viaje” queda bien a las claras en toda la poesía de San Juan de la Cruz (1972: 30).

Muchos siglos antes, el maravilloso e insigne Lao-Tsé (ca. 136 a. C.), al inicio del *Tao Te King* decía:

El Tao que puede ser expresado no es el Tao Absoluto [...]
Este misterio se llama Infinita Profundidad Profundidad no develada aún por el hombre
Que es la Puerta de todas las Maravillas del Universo (1977: 23).

Esa inexpresabilidad nos recuerda al “un no sé qué” sanjuanista, que ya ha llegado a suscitar no pocos doctorados e investigaciones.

Concluyendo, no puedo dejar de aludir a la *Exposición del Cantar de los Cantares de Salomón*, que desarrolló el no menos ilustre fray Luis de León (1528-1595), para su propia traducción que, sin duda, leyó san Juan. Expone fray Luis:

Cosa cierta y sabido es que en estos *Cantares*, como en persona de Salomón y de su Esposa, la hija del rey de Egipto, debajo de amorosos requiebros explica el Espíritu Santo la Encarnación de Cristo y el entrañable amor que siempre tuvo a su Iglesia con otros misterios de gran secreto y de gran peso [...] Espíritu que habló en este libro, entendieron gran parte de su secreto, y como lo entendieron lo pusieron en sus escrituras, que están llenas de espíritu y de regalo (1976: 197-198).

Así lo continuó san Juan, extraordinariamente. Poesía la suya en la que nada falta y nada sobra, al correcto decir mexicano, por lo demás es lo de menos, que es el todo:

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura
(Cruz, 1977: 93).¹

San Juan de la Cruz es la eternización de la palabra. Sublime, claramente representa y enaltece nuestro idioma. Sus misterios y enigmas se revelan después de múltiples lecturas, siempre gratas; entonces permanece entre nosotros con *soledad sonora* e indeleble: la *música callada* y amorosa de sus sencillos y espléndidos versos. LC

REFERENCIAS

- Alonso, Dámaso (1942), *La poesía de San Juan de la Cruz*, Madrid, CSIC.
- Bataille, Georges (1979), *El erotismo*, Toni Vicens (trad.), Barcelona, Tusquets.
- Canellada, María Josefa (1967), *Cuatro místicos españoles*, México, Servet.
- Castro, Américo (1965), *La realidad histórica de España*, edición renovada, México, Porrúa.
- Cernuda, Luis (1971), *Poesía y literatura I y II*, Barcelona, Seix Barral.
- Cruz, san Juan de la (1971), *Poesías completas y otras páginas*, José Manuel Blecua (ed., est. y notas), Zaragoza, España, Ebro.
- Cruz, san Juan de la (1977), *Poesía completa*, Luis Jiménez Martos (introd. y notas), Madrid, Emesa.
- Díez Borque, José María (1972), "Experiencia sicodélica y experiencia mística. En torno a San Juan de la Cruz", *Papeles de Son Armadans*, Madrid, Palma de Mallorca, tomo LXVI, núm. CXCVI, julio.
- Gala, Antonio (2000), *Paisaje con figuras*, Madrid, Espasa
- Calpe/Planeta.
- Gómez de la Serna, Ramón (1989), *Efigies*, Madrid, Aguilar.
- Guillén, Jorge (1972), *Lenguaje y poesía*, Madrid, Alianza.
- Heidegger, Martin (1973), *Arte y poesía*, México, FCE, Breviarios.
- Lao-Tsé (1987), *Tao Te King*, José Miguel Tola (trad.), México, Premia.
- León, fray Luis de (1976), *La perfecta casada. Exposición del Cantar de los Cantares de Salomón*, México, Aguilar editor.
- López-Baralt, Luce (1985), *San Juan de la Cruz y el Islam (Estudio sobre las filiaciones semíticas de su literatura mística)*, México, El Colegio de México/Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.
- Nieto, José C. (1982), *Místico, poeta, rebelde, santo: en torno a San Juan de la Cruz*, Guillermo Hirata (trad.), México, FCE.
- Ramos, Samuel (1973), "Prólogo", en Martin Heidegger, *Arte y poesía*, México, FCE, Breviarios.
- Rougemont, Denis de (1945), *El amor y Occidente*, Ramón Xirau (trad.), México, Leyenda.
- Santayana, George (1958), *La vida de la razón*, Aída A. de Kogan (trad.), Buenos Aires, Nova.
- Santayana, George (1959), *Los reinos del ser*, Francisco González Aramburu (trad.), México, FCE.
- Torri, Julio (1974), *La literatura española*, México, FCE, Breviarios.
- Valbuena Prat, Ángel (1974), *Historia de la literatura española*, Barcelona, Gustavo Gili, tomo 1.
- Xirau, Ramón (1978), *Poesía y conocimiento*, México, Joaquín Mortiz.
- Zambrano, María (1986), *El hombre y lo divino*, México, FCE, Breviarios.
- Zambrano, María (1991), *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, El Colegio de México.
- 1 Versos finales del *Cántico espiritual* que no incluyen —por descuido— algunas ediciones. A propósito de las vías místicas mencionadas por Dámaso Alonso, María Josefa Canellada explica: "La Esposa empieza buscando al Amado (Vía purgativa) y pregunta por él a las criaturas. Éstas contestan. El Esposo responde (Vía iluminativa). Y en la parte que corresponde a la Vía unitiva, se representa el matrimonio o unión espiritual. El mismo tema de la unión del alma con Dios se da en la *Noche oscura del alma* y en la *Llama de amor viva*" (1967: 15).